

Ha sido como un rayo. Porque los rayos siempre son idiotas. No tienen conciencia de su poder, y matan donde pueden y no donde deben.

Nada hay que irrite más que una muerte gratuita, que una muerte inútil.

No había necesidad de que, en este momento, se muriera Jorge Debravo.

En el momento en que comenzaba a ser reconocido como el primer poeta de su generación.

En el momento en que su manera franca, su técnica directa, su sentimiento claro, estaban logrando el milagro de que los costarricenses volvieran a ocuparse de leer poesía.

Cuando comenzaba a obtener el reconocimiento que su talento y sensibilidad merecían.

Cuando había salido triunfante en los últimos Juegos Florales, y se le acababa de conceder el Premio Nacional de Poesía.

En ese momento, un accidente estúpido, inaceptable, el más irritante de los accidentes, se lo llevó, en una fracción de segundos, de esta vida que él amaba, de esta tierra que él veneraba, de este mundo del cual Jorge Debravo era uno de los habitantes más singulares.

Tendríamos, ahora, que acomodarnos a vivir sin su figura amable, sin sus ojos burlones y chispeantes, sin el fulgor de su inteligencia, sin su sentido de humor, sin su admirable comprensión para todas las cosas humanas, y sin sus inimitables entusiasmos, que eran como olas del mar

Nos harán falta su limpieza y su sabiduría de campesino. Su sensibilidad para todo lo costarricense. Su amor por las cosas pobres, humildes, rotas, percutidas y remendadas. Por los pies descalzos, y las cabezas con piojos, y las manos curtidas, y los cuerpos que se bañan los domingos en el río.

Todas estas cosas las incorporó Jorge Debravo en forma irreversible, a la poesía. Y a la poesía costarricense, lo que es más importante.

Lo hizo con cordialidad. Con una sonrisa permanente que no conseguía ocultar las gruesas lágrimas que corrían siempre por sus mejillas donde los pómulos eran reyes, y que le empañaban sus grandes anteojos de entomólogo que descubría diariamente que los insectos más dignos de estudio somos los seres humanos.

Un buen día bajó de las faldas del Volcán Turrialba, y se instaló en mitad de la vida cultural costarricense.

No se instaló: se implantó. Porque venía dispuesto a implantar su poesía de indignación y lástima, de profundo amor y piedad sin límites, que cantaba reciamente al amor y luego proyectaba ese amor hacia todos los seres y hacia todas las cosas.

No hay derecho, definitivamente no hay derecho a que, así como así, se muera un hombre humilde, tan bueno y tan